

AMALGAMA | Juan Ezequiel Morales

## LA GRAN ESTAFA

Divirtámonos una vez más haciendo economía-ficción, y titulemos la elucubración como la gran estafa. Los cimientos sobre los que el pensamiento político-económico están forjados actualmente, explicados filosóficamente como una evolución desde épocas en continuo cambio dialéctico hasta llegar al fin de la historia, han sufrido, parece, un golpe grave. Podemos ver en ello tanto una gráfica cíclica, estacional, en la que se ha alcanzado una altura gigantesca en la coordenada, pero sin dejar de ser un ciclo más, o podemos utilizar otro modelo distinto, caótico, de singularidad, en el que la ecuación llega a un punto donde lo predecible ya no lo es. En el fondo, todo sistema tiene unos eslóganes simples que caen como mantras en la población y ésta los repite como dogma: se grita "el pueblo unido jamás será vencido" (incierro, cuanto más unido más vencido, más manipulable), o a la contra, "la economía de mercado y su mano invisible" (en boca



En el fondo, todo sistema tiene unos eslóganes simples que caen como mantras en la población y ésta los repite como dogma: se grita "el pueblo unido jamás será vencido"

del que se ha llevado los duros de la caja, Bush y sus asesores, que encima convocan una asamblea, a la que los timados acuden a oír explicaciones). Vemos iválganos Dios! a Sarkozy y a Hugo Chávez, hablando casi igual. Sarkozy exclama: "La ideología de la dictadura del mercado y de la impotencia pública ha muerto con la crisis financiera", y advierte del riesgo de "revuelta de las clases populares y de las clases medias" que rechazarán una mundialización "que no vivirán como una promesa sino como una amenaza". El presidente venezolano Hugo Chávez, claro, le llama "camarada". Pero lo más probable es que el gran estafador vaya a estropear es-

te diálogo en el que los extremos se tocan, y tenga ya el guión escrito. Por ejemplo, todos sabemos que el colapso financiero (ya previsto desde marzo de 2008 por congresistas americanos, así como previeron para 2009 la quiebra del Tesoro americano y la ley marcial si las masas salen a la calle, como posteriormente ha advertido Sarkozy), comenzó con la quiebra de Lehman Brothers, una especie de voladura controlada que casi ha pasado desapercibida. Si acudimos a la hemeroteca de la CNN, sabemos que los aviones que impactaron en las Torres Gemelas lo hicieron en los pisos 93 a 98 de la Torre 1, cerca de donde estaba Cantor Fitzgerald, el

mayor intermediario de bonos estatales del Gobierno USA, en los pisos 79 a 84 de la Torre 2 donde estaban las oficinas de Euro Brokers, grupo filial de Cantor Fitzgerald para financiación de guerras y colocación de bonos federales. Al menos siete de los altos directivos de Cantor Fitzgerald estaban ausentes en el ataque, en un viaje suspendido por causas climáticas, un día en el que no hubo casi nubes en el cielo, mientras el presidente estaba llevando a su hijo al kindergarten. El tercer impacto con bombas fue en el piso 23 en la Torre 1, convirtiendo en fosfatina las oficinas de Lehman Brothers (pisos 4-21, 24-26 y 29), de quienes murió un solo empleado, pues el resto estaba extrañamente ausente de las mismas. Ahora, Lehman Brothers vuelve a ser nudo gordiano de la crisis mundial. Entre los teóricos, los políticos, los filósofos y los tramposos, estos últimos tienen más posibilidades de llevarse el gato al agua, de dar el golpe.

Los cimientos sobre los que el pensamiento político-económico están forjados, explicados como una evolución desde épocas en continuo cambio dialéctico hasta llegar al fin de la historia, han sufrido un golpe duro

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS | Antonio Bordón

## LA ENFERMEDAD DE LEER



Harpo Marx leyendo. | LA PROVINCIA/DLP

Hay libros que reclaman, desde el título o desde la primera página, la complicidad o, cuando menos, la colaboración del lector. *La cena de los notables* (Periférica), de Constantino Bértolo, es uno de ellos. Los lectores que no participen de la necesidad de definir o de comprender qué es o qué significa la lectura, encontrarán las observaciones de Bértolo sobre la enfermedad de leer demasiado proliferas o nimias para prestarles atención. Para decirlo sin cortapisas: se trata de un libro que sólo puede interesar a un lec-

tor atribulado (a la manera de Harpo Marx) o atormentado como Martín Eden en la novela homónima de Jack London. Si usted no ve nada de significativo en el debate "sobre lectura y crítica", le aconsejo que no se acerque a estas páginas. Le convendría leer, o mejor hojear: *Cómo hablar de los libros que no se han leído*, de Pierre Bayard.

Bértolo no hace filosofía, ni sociología, ni psicoanálisis, ni siquiera hace historia de

### Próximo prójimo

La próxima publicación en el sello BackList de *El día de la langosta*, de Nathanael West, a diferencia de los centenarios u otras convenciones utilizadas para justificar el rescate de un autor, una edición especial o una reedición, tiene que ver intrínsecamente con algunas de las mejores páginas de la ficción americana produjo durante los años treinta del siglo pasado. Al igual que Francis Scott Fitzgerald, que vivió sus últimos años como guionista en Hollywood (allí planeó su novela inacabada *El último magnate*, en la que recrea los años dorados de la meca del cine), el protagonista de *El día de la langosta*, Tod Hackett, es un escenógrafo que se traslada a Hollywood, donde pronto descubrirá un microcosmos poblado de perdedores sometidos a su propia sed de triunfo. Columnista de varias revistas, West también se trasladó a Hollywood en 1935 siguiendo los pasos de escritores como el citado Scott Fitzgerald, Dorothy Parker, John Steinbeck, William Faulkner, Ernest Hemingway y Raymond Chandler, cuyos trabajos fueron modificados, censurados y, no pocas veces, destruidos por los productores. *El día de la langosta* se suma a una larga lista de novelas dedicadas a desnudar el despiadado mundo del cine, entre las que destacan *El último magnate*, de Scott Fitzgerald, *Luces de Hollywood*, de Horace McCoy, y *El parque de los ciervos*, de Norman Mailer.

la lectura. Su mirada, que no puede decirse que carezca de método y de una cultura libresca importante (ha sido editor de la editorial Debate y actualmente dirige el sello Caballo de Troya), no ahonda en las razones profundas de la lectura sino en los supuestos efectos de la misma en tres personajes diferentes, Martín Eden, Emma Bovary y Naneferkaptah, el egipcio, cuyas historias "parecen confirmar los resquemores y desconfianzas que la ficción narrativa ha despertado de manera recurrente a lo largo de la Historia [...] Empezando por el Quijote, ese hidalgo a quien la lectura de las novelas de caballería llevó a la locura, la historia de un lector al que la mala literatura le llenó la semántica de mayúsculas".

Sin embargo esta lectura "apasionada" es mucho mejor que la lectura "inocente" de best sellers, que se quiere democrática o espontánea, y que en realidad revela "una urdimbre lectora plana, el grado cero de la lectura, que delata no tanto una atrofia [...] como una conformidad pasiva con la conciencia dominante y una acomodación a la literatura entendida como lenguaje aséptico y neutro, mero vehículo de transmisión de historias entretenidas". Parodiando a Georg Christoph Lichtenberg, diríamos que cuando un libro de Borges y uno de John Grisham chocan, y sueña a hueco, la culpa no es de Borges.

Decía Margaret Atwood en una entrevista reciente que "en un mundo perfecto, la literatura no existiría. No es divertido leer lo maravilloso que es todo". En *La cena de los notables* Bértolo intenta responder a la pregunta de por qué leemos por qué leemos?. ¿Qué quiere decir? Pues que la lectura puede proporcionarnos esquemas o pautas para interrogarnos sobre una u otra cuestión, o para conocer aquello que hay que conocer. Tampoco hay que echar en saco roto el consejo de Ellen Glasgow, cuando dice que "aunque no sirviera para nada más, me protegería de la radio y el cine y otros enemigos acaso menos siniestros de la costumbre perdida de la contemplación".